



Y Jesús dijo...

EPISODIO 24 - ¿QUIÉNES SON LOS VERDADEROS PACIFICADORES?

Hoy continuaremos nuestro estudio de las bienaventuranzas, acompáñame con tú Biblia al Evangelio de **Mateo 5:9 en donde Jesús dijo: “Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.”**

Nací en Colombia, un país hermoso que, por más de seis décadas, ha sufrido las consecuencias de la violencia, el conflicto armado, el narcotráfico y otros males que han afectado nuestra sociedad. Como colombiana, sé lo que significa anhelar la paz. Estoy convencida de que, si se hiciera una encuesta preguntando cuál es el mayor deseo de la mayoría de los colombianos, una de las respuestas más frecuentes sería poder vivir en paz. Lamentablemente, esta realidad no es exclusiva de nuestro país. A lo largo de la historia, las guerras, los conflictos y la violencia han marcado a casi todas las naciones. Aunque en ocasiones se firman tratados o acuerdos de paz que logran detener temporalmente las hostilidades, muchas veces basta una nueva provocación para que el conflicto resurja. Esto nos demuestra que la paz verdadera no puede sostenerse únicamente mediante acuerdos humanos.

Las Escrituras nos enseñan que ese anhelo universal será plenamente satisfecho cuando Jesucristo establezca Su reino. Entonces reinarán la justicia y la paz. Durante Su reino milenial y, posteriormente, en la eternidad con Él, el pecado, la violencia y el sufrimiento dejarán de existir para siempre. Sólo bajo el gobierno de Cristo la humanidad disfrutará de una paz completa, verdadera y eterna.

Mientras ese día llega, quisiera que dirigiéramos nuestra atención a otro tipo de paz: la paz que muchas personas han perdido en su interior. Vivimos en un mundo lleno de incertidumbre, ansiedad y temor. Hay quienes, aun teniéndolo todo, no logran encontrar descanso para su corazón.

Ahora bien, ¿no te parecería maravilloso poder experimentar paz aun en medio de las circunstancias difíciles? ¿Tener paz a pesar de una enfermedad, de los problemas familiares, de las dificultades económicas o de cualquier prueba?

La buena noticia es que esa paz existe y no depende de que las circunstancias cambien. En este episodio descubriremos, a la luz de la Palabra de Dios, cómo podemos experimentar esa paz verdadera que sólo Jesucristo puede dar y por qué Él llama bienaventurados a los pacificadores.

El gran enemigo de la paz es el pecado, porque rompe la comunión entre el ser humano y Dios. Desde el momento en que Adán y Eva desobedecieron al Señor en el huerto del Edén, el pecado trajo separación, enemistad y muerte. La paz que existía entre Dios y el hombre se perdió. Sin embargo, Dios, en Su infinito amor y misericordia, no nos dejó en esa condición. Envío a Su Hijo Jesucristo para reconciliarnos consigo mismo.

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**



Y Jesús dijo...

Por medio de Su muerte y resurrección, Cristo hizo posible que quienes éramos enemigos de Dios fuéramos perdonados y adoptados como Sus hijos. Por eso, **Romanos 5:1** declara: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.” Gracias a la obra redentora de Cristo en la cruz del Calvario, hemos sido declarados justos por Su sangre preciosa. Ya no vivimos bajo condenación ni como enemigos de Dios, sino que ahora disfrutamos de una relación de paz con nuestro Padre celestial.

Esta es la paz de la que habló Jesús en **Juan 14:27**: “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo.” La paz que Cristo ofrece no depende de las circunstancias, porque nace de una vida reconciliada con Dios. Es una paz firme e inquebrantable que nos sostiene en medio de las pruebas.

Esto nos lleva a una conclusión muy importante: si anhelamos experimentar la verdadera paz, no la paz pasajera que ofrece el mundo, sino la paz de Dios, primero debemos reconocer que el pecado nos separa de Él. Esa enemistad solo desaparece cuando nos arrepentimos sinceramente, ponemos nuestra fe en Jesucristo y le entregamos el señorío de nuestra vida.

Por esta razón, no podemos hablar de paz sin tratar primero el problema del pecado, porque él es la raíz de todo conflicto. La paz nunca puede separarse de la santidad. Donde el pecado gobierna, la paz termina desapareciendo; pero donde Cristo reina, florecen la justicia, la reconciliación y la paz. Esta verdad queda claramente expresada en **Hebreos 12:14** “Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor”

Este pasaje nos desafía a vivir como verdaderos pacificadores en cada área de nuestra vida: en nuestro hogar, en el trabajo, en el lugar donde estudiamos, con nuestros vecinos, con nuestros hermanos en la fe y con toda persona que Dios ponga en nuestro camino.

No sería coherente afirmar que seguimos a Cristo mientras vivimos dominados por el pecado, los pleitos, las contiendas, las discusiones o la violencia. No podemos reflejar el carácter de Jesús si maltratamos a nuestro cónyuge, herimos a nuestros hijos, tratamos con dureza a quienes trabajan con nosotros o sembramos división donde Dios nos ha llamado a sembrar paz.

Esta bienaventuranza va mucho más allá de tener un carácter tranquilo o una actitud pacífica. Jesús no dijo: “Bienaventurados los pacíficos”, sino “Bienaventurados los pacificadores”. Un pacificador es un hacedor de paz, alguien que interviene activamente para promover la reconciliación.

Dios no quiere que seamos simples espectadores de los conflictos, sino instrumentos de paz. Nos llama a actuar con amor, sabiduría y valentía para conducir a otros hacia la verdadera paz, aun cuando eso implique ser rechazados, incomprensidos o recibir críticas.

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**



Y Jesús dijo...

Ahora bien, si deseamos que las personas tengan paz con Dios, nuestra principal tarea como creyentes es anunciarles el Evangelio. Debemos presentarles a Jesucristo tal como lo revela la Palabra de Dios, sin modificar su mensaje, sin suavizar aquello que confronta el pecado y sin omitir las verdades que llaman al arrepentimiento. Cuando el Evangelio se altera para agradar a las personas, en lugar de acercarlas a Dios, termina alejándolas de Él.

Nuestro Señor Jesucristo nos dejó el ejemplo perfecto. En **Juan 4**, al encontrarse con la mujer samaritana, no ignoró su condición espiritual ni evitó hablar de su pecado. Con amor, gracia y compasión la confrontó, le mostró su necesidad y luego le reveló quién era Él y cuál es la verdadera adoración que agrada al Padre. Como resultado, aquella mujer creyó en Jesús y se convirtió en un instrumento para que muchos otros samaritanos también llegaran a la fe.

Así actuaba Jesús: confrontaba el pecado para conducir a las personas al arrepentimiento, la reconciliación y la paz con Dios. Su propósito nunca fue condenar, sino restaurar.

De la misma manera, ahora que pertenecemos a Cristo, hemos recibido el ministerio de la reconciliación. Como declara **2 Corintios 5:18**: “Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación.”

Este ministerio consiste en anunciar que, por medio de Jesucristo, el ser humano puede reconciliarse con Dios. En ese sentido, el ministerio de la reconciliación es también el ministerio de la pacificación, porque lleva a las personas a experimentar la única paz que puede transformar verdaderamente el corazón.

Por eso, un pacificador no solo procura vivir en paz con los demás; también guía a otros a hacer la paz con Dios. Lo hace viviendo en santidad, reflejando el carácter de Cristo y proclamando fielmente el Evangelio. Cada vez que compartimos las buenas noticias de salvación, invitamos a alguien a reconciliarse con Dios y a experimentar la paz que solamente Jesucristo puede dar.

Como hemos visto cada bienaventuranza viene acompañada de una maravillosa promesa. En este caso, Jesús declara: **“Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.”** Es importante hacer una aclaración. Este versículo no enseña que una persona se convierte en hijo de Dios por el hecho de ser pacificadora. La Escritura es clara al respecto. En **Juan 1:12** leemos: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.” Es decir, llegamos a ser hijos de Dios únicamente por la fe en Jesucristo. Entonces, ¿qué significa esta bienaventuranza? Jesús está enseñando que quien vive como un verdadero pacificador demuestra con su manera de vivir que pertenece a Dios. Al promover la paz, la reconciliación y anunciar el Evangelio, refleja el carácter de su Padre celestial. Sus acciones evidencian que realmente es un hijo de Dios.

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**



Y Jesús dijo...

Querido oyente, si has puesto tu fe en Jesucristo, recuerda que eres hijo o hija de Dios. Por eso, aun en medio de las pruebas, las enfermedades, las dificultades o la incertidumbre, puedes vivir con un corazón lleno de paz. No porque las circunstancias sean fáciles, sino porque Cristo ya venció al mundo y ha prometido estar contigo todos los días. Por eso, no vivas afanado ni dominado por el temor. Lleva cada preocupación al Señor en oración, con un corazón agradecido por todo lo que Él ha hecho y continúa haciendo en tu vida. Entonces experimentarás el cumplimiento de Su promesa: “Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.” Esa es la paz que el mundo no puede dar y que nadie puede quitar, porque proviene del Dios de paz.

Hemos llegado al final de este episodio que el mismo Dios de paz nos santifique por completo; todo nuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. El Señor te bendiga, comparte este mensaje con los que el Señor ponga en tú corazón, la próxima semana continuaremos con la siguiente bienaventuranza. Recuerda: ¡Si Dios está contigo...es suficiente! Hasta una próxima oportunidad.

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**